

UNA SOLA BANDERA ROJA (I)

DRIEU LA ROCHELLE Y EL IMPERIO EURASIÁTICO

Claudio Mutti

"La raza de los arios redescubre su unión. Y reconoce su Dios en la medida de su fuerza", así anunció el poeta de las runas la próxima unificación de Europa en torno al Eje, evocando la imagen de la bandera de la cruz gamada ondeando sobre el corazón del continente. Pero no se trata de la bandera del Reich alemán, sino la del Imperio europeo: "Trescientos millones de hombres canta a una sola voz. Una sola bandera roja asoma sobre los Alpes". En marzo de 1942, Drieu La Rochelle expone claramente el ideal eurasiático de un gran bloque entre el Atlántico y Vladivostok (2).

¿Esvástica o hoz y martillo?

"Una sola bandera roja"... A medida que se aleja la perspectiva de la victoria alemana, la esvástica deja de estar presente en el centro de las esperanzas de Drieu, para ser sustituida por la hoz y el martillo. El 27 de diciembre de 1942, mientras se desarrolla en Estalingrado la batalla que, para el Eje, será el principio de la derrota, el escritor anota en su diario: "Moriré con la idea salvaje de que Stalin será el amo del mundo. Un amo al final. Es bueno que los hombres tengan un amo que les haga sentir la omnipresencia de Dios, la inexorable voz de la Ley".

En su *Introducción al diario de Drieu La Rochelle (39-45)*, Julien Hervier intenta explicar "el origen de esta adoración por un poder paternal, político y divino", recurriendo a los tópicos y los lugares comunes de la "relación con el padre". La misma "explicación", evidentemente, debería servir para el pronóstico formulado el 24 de enero de 1943: "¡Ah! Que mueran pues todos esos burgueses, se lo merecen. Stalin los degollará a todos y después degollará a todos los judíos... quizás. Con los fascistas eliminados, los demócratas quedarán solos ante los comunistas: me gusta imaginar la idea de este frente-a-frente. Me regocijaré desde la tumba".

Pero, más allá de las interpretaciones psicoanalíticas, Hervier avanza también otra, según la cual el juicio de Drieu "no hace sino seguir el curso de los sucesos", en el sentido de que las simpatías de Drieu por la Unión Soviética serían debidas al hecho de que "los rusos sean más fuertes que los alemanes, Stalin más fuerte que Hitler"... De aquí resulta el perfil inédito y extraño de un Drieu La Rochelle oportunista, "víctima de una forma de oportunismo político que le hace ponerse cada vez de parte del más fuerte". A este diagnóstico psicológico, Hervier añade otro ideológico, acusando a Drieu de no tener las ideas suficientemente claras respecto a las doctrinas fascista y comunista. "Siguiendo los sucesos y las victorias y derrotas rusas y alemanas, Drieu caerá en una oscilación eterna entre las dos ideologías rivales del fascismo y del comunismo, mostrando lo frágiles que fueron las bases de sus convicciones".

Pero estos juicios, en cierto sentido, son contradichos por el mismo Hervier, el cual se muestra finalmente capaz de comprender el sentido más auténtico de la "conversión" de Drieu: "el paso de Drieu del fascismo al comunismo es por así decirlo más geopolítico que ideológico; es también racista, porque en los rusos [Drieu] ve un pueblo joven que sustituirá a los alemanes. La única constante de su pensamiento político es la idea de Europa: su si realización ya no es posible bajo los alemanes, lo será por los rusos". Así, hacia el final de la guerra y de su misma vida, Drieu ve en el Ejército Rojo el único instrumento histórico capaz de reemplazar a las fuerzas del Eje en la construcción de la unidad continental.

El horror visceral a la democracia

Hervier determina, por lo demás, la otra constante del pensamiento de Drieu: "La única cosa estable que sobrevive, a la par de la idea de Europa, es el rigor de una repulsión, un rechazo: el horror visceral a la democracia". Para confirmar este hecho cita estas líneas del 29 de marzo de 1944: "En todo caso yo saludo con alegría el devenir de Rusia y del comunismo. será espantoso, atrocemente devastador, insoportable para nuestra generación que perecerá de muerte lenta, pero será mejor que el retorno de las antiguallas, que los ropavejeros anglosajones, que la restauración burguesa, que la democracia remendada". Un pasaje análogo es el que lleva la fecha del 2 de septiembre de 1943: "Y por el resto mi horror a la democracia me hace desear el triunfo del comunismo. A la derrota del fascismo (...) sólo el comunismo puede verdaderamente poner al hombre de cara a la pared y obligarle a admitir de nuevo, como no lo hizo desde la Edad Media, que existen los Amos. Stalin, más que Hitler, es la expresión de la ley suprema". Después de la derrota del fascismo, la autocracia soviética será la única alternativa a la democracia y al individualismo, productos de la decadencia. "Lo que me agrada en el triunfo del comunismo no solamente es la desaparición de una burguesía detestable y obtusa, sino también el encuadramiento del pueblo y el renacimiento del antiguo despotismo sacro, de la aristocracia absoluta, de la teocracia definitiva. Desaparecerán así todos los absurdos del Renacimiento y la Reforma, de las Revoluciones americana y francesa. Volveremos la mirada al Asia. Tenemos necesidad" (25-04-1943). En cuanto al marxismo, sólo hay que dejarlo pasar: se trata de una enfermedad pasajera que no compromete la santidad fundamental del organismo ruso. Incomparablemente más grave es el mal americano. "es necesario esperar -escribe el 3 de marzo de 1943- la victoria de los rusos antes que la de los americanos (...) Los rusos tienen una forma, cosa de la que carecen los americanos. Son una raza, un pueblo; los americanos son una reunión de híbridos. Lo que tiene una forma posee una sustancia; y los rusos tienen una forma. El marxismo es una típica fiebre de crecimiento en un cuerpo sano. Creíamos que este cuerpo magnífico estaba enfermo, pero no es así".

Las consideraciones de este género son cada vez más frecuentes en el curso del año 1944. Drieu escribe en el 10 de junio: "La mirada vuelta hacia Moscú. En la derrota del fascismo, mis últimos pensamientos miran al comunismo. Saludo su triunfo, que no me parece cierto en lo inmediato, pero es mucho más probable que una espera más o menos larga; yo predico el triunfo del hombre totalitario sobre el mundo". El 28 de junio: "Nada insalvable me separa del comunismo, nada excepto mi desconfianza atávica en los pequeños burgueses". El 20 de julio: "Imagino una solidaridad in extremis entre los dictadores: Stalin ofreciendo su ayuda a Hitler y Mussolini, dándose cuenta de que si queda como representante único de su especie estará perdido. Pero sería demasiado bello. Preferiré colonizar directamente Alemania. El 26 de julio: "Los rusos se

aproximan a Varsovia. ¡Hosanna! ¡Hurra!, es mi grito de hoy". El 28 de julio: "Tendría un único motivo para sobrevivir: luchar al lado de los rusos contra los americanos (...) Del mismo modo ahora mismo podría volverme hacia el comunismo, manteniendo y asimilando todo lo que amo del fascismo: la fiereza física, la voz de la sangre común en el interior de un grupo, la jerarquía viva, el noble intercambio entre los débiles y los fuertes (en Rusia los débiles veneran el principio de la opresión). Este es el mundo de la monarquía y de la aristocracia en sus principios vitales". El 7 de agosto: "Moscú será la próxima Roma". Y así hasta la última página de su Diario, en la cual Drieu confirma un concepto ya expuesto numerosas veces (por ejemplo el 10 de septiembre del 43: "El resultado lógico del comunismo es la teocracia (...) Stalin aceptará probablemente el compromiso como lo hizo Clodoveo. La Iglesia se convertirá para él en otra palanca que usar contra los anglosajones") y expresa su confianza en que los rusos puedan "espiritualizar el materialismo" (20 de febrero de 1945).

Drieu no es un fenómeno único

Es el mito de la Europa imperial, pero también el "horror" a la democracia, los que constituyen el eje alrededor del cual gira el compromiso político de Drieu, desde el primero hasta el último día de su militancia. Y ésta es la referencia ideal que nos permite juzgar su extrema coherencia cuando designa a la Rusia soviética como el nuevo instrumento histórico para continuar la lucha contra la decadencia occidental. Releído bajo este prisma, los pasajes del Diario que han desconcertado a Hervier no muestran ya la fragilidad del pensamiento político de Drieu (ni mucho menos su presunto oportunismo intelectual), sino un realismo lúcido y radical.

Drieu no es un fenómeno único, ni tampoco un fenómeno raro. Motivaciones análogas se descubren en la adhesión al comunismo de numerosos militantes de los fascismos y de los "falsos fascismos" europeos, los cuales, al final de la guerra decidieron continuar el combate sobre posiciones diferentes contra el enemigo principal: el Occidente capitalista. Sería extremadamente interesante descubrir el papel que los hombres procedentes del "campo vencido" desempeñaron en los hechos marxistamente heterodoxos de los partidos gubernamentales comunistas de la Europa del Este. Sería también interesante determinar en qué medida una parte de la herencia nacionalista, fascista o nacionalsocialista fue transmitida a los nuevos regímenes. No puede afirmarse sin duda alguna que los legionarios rumanos fueron "los predecesores inmediatos de los comunistas" en el sentido de que éstos últimos realizaron las reformas sociales legionarias (3); es también infundado sostener que "en Hungría y Rumanía se realizó la revolución social por la cual se batieron Szálasi y Codreanu" (4). Sin embargo, es imposible no tomar en cuenta ciertos hechos, entre otros el particularismo del "nacional-comunismo" rumano (que entre otras cosas procedió a una prudente rehabilitación de Antonescu), las tendencias nacional-populares presentes en el seno del Partido Comunista Húngaro (que en el campo de la cultura recuperó a los autores de orientación "populista", incluyendo a aquellos que "habían filtrado con el nazismo") (5), la persistencia de un cierto estilo "prusiano" en la Alemania oriental (en donde nunca fueron permitidas las asociaciones de "víctimas del fascismo"), etc.

El fascismo "de izquierdas" italiano

Pero quedémonos en Italia. Estados del alma e intenciones semejantes a las de Drieu no faltarán en el periodo de la República Social Italiana, que darán nacimiento a las manifestaciones más radicales del "fascismo de izquierdas".

Descubrimos un modelo ejemplar en este párrafo de la revista florentina "Italia e Civiltà": "Sabemos perfectamente, Roosevelt, Churchill y todos sus compadres, que los fascistas más conscientes siempre han reconocido en el comunismo a su adversario, pero que designan como verdadero enemigo no a Rusia, sino a las plutocráticas Inglaterra y América. Los fascistas siempre han estado en desacuerdo con los comunistas en numerosos puntos, pero están de acuerdo en que no quieren ni los unos ni los otros a la vieja sociedad liberal, burguesa, capitalista. También saben, los Roosevelt, los Churchill y sus compadres, que si la victoria abandona al Eje, la mayoría de los verdaderos fascistas que escapan a la muerte pasarán al comunismo, y con ellos harán bloque. Franquearán la fosa que separa a las dos revoluciones y habrá entre ellos un intercambio y una influencia recíprocas, que bien pudiera terminar en una armoniosa fusión final" (6).

El 22 de abril de 1945, Enzo Pezzato desarrollaba un tema similar en "Repubblica Fascista": "No existe duda sobre el porqué el Duce ha llamado "social" a la República italiana: nuestro programa es decididamente revolucionario; nuestras ideas son las que en un régimen democrático se denominarían de izquierdas; nuestras instituciones son una consecuencia directa y puntual de nuestro programa; nuestro ideal es el Estado del Trabajo. No puede haber duda sobre un punto: somos proletarios en lucha, a vida o muerte, contra el capitalismo. Somos revolucionarios a la búsqueda de un orden nuevo (...) El verdadero espantapájaros, el peligro auténtico, la amenaza contra la cual luchamos sin respiro viene de la derecha" (7).

Después del 25 de abril, estas propuestas tomaron cuerpo de diferentes maneras: "mientras en numerosas ocasiones se organizaron encuentros entre los jóvenes del MSI y los comunistas -que fueron interrumpidos por las incursiones de ex-partisanos indignados- en nombre de una improbable convergencia antiburguesa sobre el tema de la cuestión social" (8), la iniciativa más consistente fue la de "Il Pensiero Nazionale", bimensual fundado por Stanis Ruinas (1889-1974), un antiguo socialista que durante el periodo fascista había sido redactor de "L'Impero" y a partir de 1941 había dirigido "Larger", el periódico de los trabajadores italianos en Alemania. Enrico Landolfi, quien escribió una "Historia de Il Pensiero Nazionale" (9), sintetiza así la línea ideológica y política: "fue la continuación, en las nuevas condiciones del post-fascismo, de la lucha anti-plutocrática contra el capitalismo interno, representado por la Democracia Cristiana y protegido por las potencias occidentales que vencieron en la guerra y que son la expresión de la dominación del oro a nivel internacional. El aliado natural es el bloque de izquierdas pilotado por el PCI y vinculado a la URSS, bloque en el cual ("Il Pensiero Nazionale") quería encontrar su lugar".

Sobre la base de estos y otros elementos, la hipótesis de Domenico Laccisi no parece infundada: "Se ha escrito que si el Partido Comunista se hubiese declarado afectado por

el asesinato de Mussolini y por el exterminio de millares de fascistas en las jornadas sangrientas de abril (y de los meses siguientes) de 1945, habría obtenido seguramente la adhesión en masa de los jóvenes procedentes de la RSI. No podemos responder con certitud a una tal hipótesis, pero la presencia en los rangos y en las bases del PCI de ciertos nombres de ex-fascistas hace la hipótesis suficientemente posible" (10).

La traición al Duce: el viraje a la derecha del MSI

La masa de ex-combatientes de la RSI, sin embargo, no se adherirá al PCI, ni tampoco al PSI, aunque Mussolini había declarado querer dejar en herencia "la socialización y todo lo demás a los socialistas y no a los burgueses" (11). Al contrario, el partido fundado en la postguerra por los fascistas republicanos, ese MSI que declaraba tener en la RSI su punto de referencia histórica y que reclamaba de alguna forma su herencia, pronto se alió de una manera decisiva con la derecha (12). Hizo una alianza electoral con los monárquicos y apoyó a diferentes gobiernos cristiano-demócratas. A pesar del rechazo inicial al Pacto Atlántico, el MSI pronto se convirtió, en nombre del anticomunismo, en la mosca que va dentro del coche del "partido americano en Italia". Rivalizó en fanatismo filisionista con la sinagoga democristiana cuando se trató de apoyar las agresiones de los israelitas contra los pueblos mediterráneos; exaltó todas las "batallas de la civilización occidental": desde la agresión americana contra Vietnam hasta la operación de policía contra Iraq; se transformó finalmente en Alianza Nacional y enviará a su secretario a una recepción de la B'nai B'rith en los Estados Unidos.

Si Atenas llora, Esparta no ríe. La triste historia de la izquierda italiana, reducida a ser un amortizador social al servicio de la usurocracia y del gran capital, también se explica por el hecho de que en la inmediata postguerra la fetichista "religión del antifascismo" empeñó a la izquierda a alejar de sí a quienes habían combatido por los principios solidaristas y de justicia social representados por el manifiesto de Verona. Un apoyo de las fuerzas neofascistas habría dado a la izquierda italiana ese carácter patriótico que nunca tuvo. Acabó así declarándose abiertamente favorable a la OTAN y a los otros organismos imperialistas; en vez de reforzar su componente popular, se empeñó en transformarse en una componente de la burguesía liberal, y en lugar de profundizar en el frente de las conquistas sociales, gastó toda su energía en la "batalla por la civilización" por el aborto libre y por los derechos de los degenerados sexuales.

En la Italia de la postguerra, el antifascismo y el anticomunismo hicieron imposible esta síntesis entre el elemento nacional y el elemento social que Drieu La Rochelle vio desfilar en la plaza de la Concordia el 6 y el 9 de febrero de 1934, cuando los jóvenes patriotas y los militantes comunistas, antiguos combatientes y parados, se manifestaron unidos contra la Cámara de los diputados, emblema de la corrupción democrática, y contra el gobierno radical de la época. "Vi en esa plaza a los comunistas marchar del brazo con los nacionalistas; les miré bien, les observé ensimismado y envidioso. Falto poco para que se reencontraran, en una mixtura discordante, todos los ardores del Francia" (13) dice Gilles en la novela homónima. El personaje de Drieu "pensaba que el fascismo y el comunismo marchaban en la misma dirección, una dirección que le agradaba" (14).

La unión sagrada predicada por Drieu se convirtió en una realidad en Rusia, donde los fascistas de Barkasov y los comunistas de Anpilov lucharon juntos, con las armas en la mano, contra los deseos dictatoriales del gobierno proconsular de Yeltsin. La tentativa

mundialista de asalto del gran espacio ex-soviético ha provocado, como todo el mundo sabe, el nacimiento de una oposición "rojiparda", la cual expresa la reivindicación popular de todos aquellos que piensan que la colonización liberal democrática pone en peligro el honor, la dignidad, la identidad espiritual, la cultura tradicional, el espíritu comunitario y la independencia política. "Todos aquellos que constituyen este bloque -dijo textualmente Gennady Zyuganov el 17 de junio de 1992- han comprendido que solamente las ideas del Estado y de la justicia social pueden salvar nuestro país. Para un pueblo, la nacionalidad constituye una coordenada vertical, mientras que la justicia social es la coordenada horizontal. Estas dos componentes son inseparables". Palabras muy claras, pero el observador occidental no alcanza a comprender cómo las banderas zaristas y soviéticas pueden onderar, una al lado de la otra, en las manifestaciones "rojipardas".

Drieu La Rochelle, al contrario, lo había comprendido sesenta y seis años antes. "Durante la guerra -hace decir al protagonista de *El agente doble*- yo fui soldado. Yo era feliz. ¿A quién servía? ¿Al zar? Puede ser. ¿A la Santa Ortodoxia? También. ¿A Rusia? Seguro. Pero usted me diría hoy, como me dijo hace diez años: "Rusia no significa nada. Un país no es nada, es una masa indistinta. Rusia es el zar o el comunismo". Pero no, le respondo con toda la experiencia de mi vida. O sí, con la experiencia de mi vida y de la suya: "Rusia es el zar y el comunismo", y otras cosas más" (15). Y pudo también escribir una frase que habría de ser la premonición de lo efectivamente realizado en Rusia: "El siglo XX no terminará sin asistir a extrañas reconciliaciones" (16).

Un periodista italiano que, durante el verano de 1933, visitaba la redacción del diario "Sovetskaja Rossija", encontró en el despacho del redactor en jefe, fijada a una pared, un manifiesto con esta frase: "Imaginaos lo que significaría, para la grandeza europea, la reanudación de la secular colaboración entre la élite europea y las masas rusas para la explotación de los más importantes recursos del mundo". La firma estaba resaltada en rojo: Pierre Drieu La Rochelle (17).

Notas :

(1) Capítulo III del libro *Hommage à Drieu La Rochelle*, Edizioni all' insegna del Veltro. Colección de ensayos de Mordini, Mabire, Marchi, Mutti y Graziani.

(2) Drieu La Rochelle, *Diario 1939-1945*, con introducción de Jean Hervier, Bolonia, 1995.

(3) S. Fischer-Galati, *Fascism in Rumania*, en *Native Fascism in the Successor State 1918-1971*, PF Sugar, Santa Barbara, 1971, p. 120.

(4) M. Ambri, *I falsi fascismi*, Roma, 1980, p. 285.

(5) F. Fejtö, *Ungheria 1945-1957*, Turín, 1957, p. 30. Como explica en mismo autor, "el populismo húngaro se identificaba con la herencia espiritual y ejerció un rol importante entre los intelectuales de la preguerra y cuyos maestros fueron los escritores Dezsö, Laszlo Németh y Gyula Illyès. Lo que tenían en común los populistas -por lo demás un grupo bastante heterogéneo- era la búsqueda de una tercera vía entre la democracia burguesa occidental y el colectivismo, entre el fascismo y el comunismo,

una vía auténticamente popular, nacida de la tierra, del mundo campesino, único guardián de la pureza nacional frente a la civilización urbana, cosmopolita, racialmente corrupta, con su burguesía mercantil y judaizada su clase obrera seducida por ideologías extranjeras (...) En el poder después de 1945, los comunistas trataron bien a los intelectuales populistas que no se opusieron al gobierno (...) Es sin embargo cierto que los populistas pagaron su propia ayuda ofreciéndose como "partenaires" críticos y realistas o mejor como opositores virtuales. En cierto modo, también contaminaron a ciertos dirigentes comunistas como Imre Pozgay" (Feijtö, *El fin de las democracias populares*, Milán, 1994, p. 404).

(6) *Italia e Civiltà, Antologia*. Barna Occhini, Roma, 1971, pp. 317-318.

(7) U. Afassio Grimaldi, *La Stampa di Salò*, Milán, 1979, p. 80.

(8) Marco Tarchi, *Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo*, Milán, 1995,

(9) "Ragionamenti di storia", n°21, noviembre 1992 y n° 22, diciembre 1992.

(10) D. Leccisi, *Con Mussolini prima e dopo Piazzale Loreto*, Roma, 1991, pp. 222-223.

(11) C. Silvestri, *Mussolini, Graziani e l'antifascismo*, Milán, 1949, p. 140.

(12) El viraje a la derecha fue avalado en el II Congreso nacional (28 junio- 1 julio 1949). "El MSI no se puso como primer imperativo la conquista de las clases populares y de los pequeños burgueses (...) sino ante todo la recuperación de los moderados de Derecha (...) nosotros hubiéramos querido que De Marsanich descendiese a la calle para nacionalizar a los trabajadores rojos y devolviéndoles a la Nación. Pero nos veíamos entrar en los salones para reencontrar allí a las monjas de San Vicente y los coroneles en los retratos, etc. (...) El MSI nacional y social de 1946/1947 cedía prudentemente en equilibrio frente al posible filoatlantismo futuro, preparando su metamorfosis kafkiana y la cooperación con la alta burguesía y los grupos monárquicos que habían tomado la iniciativa en la conjura de 1942-43" (Ugo Cesarini, *Dei Fasci di Azione Rivoluzionaia al doppio pette*, Perugia, 1991, pp. 26-27).

(13) P. Drieu La Rochelle, *Gilles*, Milan, 1961, p. 557.

(14) Idem, p. 539.

(15) P. Drieu La Rochelle, « Doppio gioco », Risguardo, Padoue, 1982, p. 24.

(16) Idem.

(17) G. Savoni, *Russia svenduta*, en "L'Italia Settimanale", 8 septiembre 1993, pp. 26-27

MUTTI, Claudio, "Una sola bandera roja. Drieu La Rochelle y el Imperio Eurasiático" en *La Gaceta de las Verdes Praderas* N° III, Año I, II Época

Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007